

nieron unos chiquillos morenos, medio desnudos.

--Saluden a o senhor... Tú, Sandic }
tú, Piqueno.

Y los muchachitos me estiraban las sucias manos, al tiempo que decían:

—¿Cómo teim pasado?

—Tragan a caçaza. —Mientras se fueron y uno volvía con una botella de caña que puso al lado del padre, éste hablaba:

--Tengo dos gurisinhas más... Tú te debés reir. Estoy hecho un brasilerero, ché. La costumbre... La madre habla así... Los peones... Sabés, la costumbre... A veces me cuesta hablar como la gente...

—Tragan canecos;—gritó.—Vas a tomar un poquito, eh. Es de la buena...

Yo no sabía qué hacer. No quería darle a comprender a aquel hombre mi desilusión. Si alargaba la visita, no tendría qué decir.

Trajeron unos jarritos enlozados. Valdivieso sirvió caña y nos la alcanzó al peón y a mí. El no bebía.

—¿Y tú?...

—Si no se van a servir más... Yo tomo en la botella... Sos de confianza...

¿Qué le decía a aquel hombre?... ¿Cómo despedirme?... El me miró, y sonriendo, animado por el alcohol, con descarnada franqueza:

—Pucha, te veo medio como asustado. Creías encontrarme en otro tren, Con confort...

—¿Por qué negarlo?... Conocía de ese entonces tus ideas como las mías.

—Bah, todo aquello eran teorías, ocurrencias...

—No me negarás pueden triunfar.

—Pueden... Pero, verás...

No era el caso de polemizar, en continuas interrupciones a mi amigo, que me decía:

—Dos cosas que están en lucha no pueden continuar siempre así: una triunfa. Yo te voy a contar mi vida como si la estuviese viendo pasar: mirá...

Yo guardaba silencio, y entre un mate y otro, y un trago de caña, narraba, pachorriento, mi excondiscípulo su historia:

—Uno viene de la ciudad a pelear con el campo, cuanto uno afloja, la pierde. Yo me acostumbé a esto, sin querer, deseando resistirme... La despreocupación es como la sombra de la aruera: cuando uno menos quiere acordar, está dañado; ¿entendés?...

Hace tantos años llegué aquí con mi juventud, con mi título de ingeniero agrónomo y todas aquellas novelorías fresquitas de los muchachos. Venía a la estancia de don Toco Andrade, amigo íntimo de mi padre, a trabajar con él, si posible fuera.

Como tú, sentí la impresión fea de esto. Salió un negro viejo a recibirme,

y me ladró la perrada, y me hicieron sentar a la sombra de los ombuses.

La casa ya estaba vieja, ese pozo que hace el agua que cae del caño también estaba allí, y el campo, como siempre, callado y triste...

¿Nunca te ha parecido que el campo está como en una atención de oír?...

—

—Será por esa tristeza... Por esa puerta salió un hombre gordo en ca-

MONTIEL BALLESTEROS

Le conocimos en Florencia. Es cónsul del Uruguay en esa ciudad.

Nos hizo vagar románticamente una noche a orillas del Arno y por las calles seculares, misteriosas y pobladas de leyendas, vecinas de la Plaza de la Signoria. Cerca del Ponte Vecchio, un niño cantaba acompañado de una mandolina:

*Santa Lucia
luntano á te
quanta mallncunia!*

...Y las notas de la canción napolitana, a quienes la voz infantil pusiera alas, se alejaban sobre el rumor majestuoso del río que se perdía entre las sombras.

Este es el marco que tiene en mi memoria, el recuerdo del joven escritor uruguayo, alto y fuerte, de risa franca en cuyos labios suenan con alacridad sus versos inspirados en Walter Whitman.

Es de aquellos intelectuales que no se extasían—incensario en mano—ante el altar del arte, mientras la infamia del siglo pasa a su lado sin conmoverlos. Él ama la vida de la Tierra, el cuerpo del hombre y les canta con frase leal que no conoce los retorcimientos enfermizos, y su canto no es pasivo, ni cínico, ni soberbio. En la prosa y el verso de Montiel Ballesteros, que hemos podido apreciar en sus «Cuentos Uruguayos» y en su «Savia», se siente que hay tenso y vibrante un nervio sano; sus páginas son veraces, humildes y nobles.

Le oímos indignarse con ira sencilla, sin asomos de pose, ante la patriotía italiana llevada al paroxismo en aquellos días de elecciones de diputados, y escuchándolo pensamos, mientras contemplábamos su cuerpo fuerte y joven, que en él tiene la intelectualidad latinoamericana, una noble realidad.

CARMEN LIRA

miseta. Era don Toco Andrade. Me saludó, y luego de leer la carta que yo mismo había escrito—con mucho floreo—y había firmado mi padre, hizo un signo de aprobación y comentó:

—O Valdivies e muito amigo meu...

—Se golpeó la panza con la palma de la mano; como llevando el ritmo de la frase, y repitió:

—E ver-da-de... E ver-da-de...

Se hizo un largo silencio. Yo miraba todo, curiosamente. El espantaba las gallinas que se le querían subir a las piernas. Ordenó que cebaran el mate,

y como eu un vago soliloquio continuó:

—Entaum ú home quer trabalhar. Muito bein...—y se volvía a golpear enorme barriga.

Trajeron el mate amargo, que yo aun no tomaba, y después la caña para asentar el amargo y que, más tarde, terciada con bitter, servía de aperitivo.

Cayó la noche, en los árboles piron algunos pájaros, y en la sombra del campo brillaron los bichitos de luz, y bien que no fuera muy bueno el recibimiento, la novedad del campo me distrajo.

—¡El hombre tiene gana de trabajar! —me daba vuelta en la cabeza la frase de mi huésped.— ¡Sí, trabajaría el hombre!...

El señor Andrade me presentó la familia, cuando fuimos a cenar. Yo había visto ya los ojos oscuros de las brasileritas, sus hijas, espiándome desde lejos. Casi no se conversó en la mesa. Todo el mundo miraba los platos, y yo entreveía un tono de sorna en la conversación parca de mi anfitrión:

—Entaum vosé eun reformador...

—Sim, os libros falhan muito bein... falhan soos...

—.....

La nerviosidad, el cansancio, la cama mala y sucia, no me dejaron dormir. Al otro día temprano me fuí a la cocina de los peones. Prefería quizá un tanto aquella tosca sociedad a mi brasilerero irónico. Después me hizo llamar, y de nuevo, en sitio distinto al de la tarde porque ahora estaba de otro lado el sol, nos sentamos a la sombra de los ombuses. Iba y venía el mate; los pollos y las gallinas picoteaban la tierra entre nuestras piernas, y los perros perezosos que dormían, estirados, paraban las orejas, levantaban la cabeza y salían ladrando en tropel cuando pasaba alguna carreta o algún viajero por el camino...

Yo no encontraba oportunidad para explayarme en mis proyectos, y aplazaba tal conversación.

Después del almuerzo, como hacía calor, me pusieron un catre de lona bajo el ombú, para dormir la siesta.

Y un día y otro... y otro...

Empecé a tomar mate; otra vez probé la caña... Y no la encontré mala, eh...

Aquella vida era tan aburridora...

El señor Andrade, haciendo alarde de la confianza que le merecía, me dió a contestar sus cartas, y abrí las cuentas de la estancia para llevarlas en forma.

Me habitué a las siestas; después tomábamos mate con mi hombre, y seguía aplazando mi negocio, salvo cuando pasaba de los dos o tres tragos de caña y me veía obligado a hablar...